

HERALDO DOMINGO

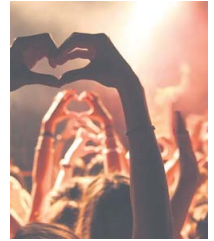
Heraldo de Aragón | NÚMERO 741 | 28 de mayo de 2017



5 | PSICOLOGÍA
¿QUÉ PASA EN
LA MENTE DE
UN TERRORISTA?



6-7 | INDIANÁPOLIS
EL MÍTICO
CIRCUITO DE
LOS CAMPEONES



8-9 | HISTORIAS.
EL NEGOCIO DE LA
MÚSICA CAMBIA
DE RITMO



Adriano Villar forma parte de Voluntarios con la Infancia, asociación de la Universidad de Zaragoza que colabora en colegios y agrupaciones. ARÁNZAZU NAVARRO

HERMANOS MAYORES

La Universidad de Zaragoza ha sido pionera en poner en marcha un programa de voluntariado específico para estudiantes de cualquier titulación. Universitarios con la Infancia trabaja con niños o adolescentes de familias en riesgo de exclusión, que necesitan clases de repaso, compañía y, sobre todo, un hermano en el que mirarse. P.2,3y4

HERMANOS MAYORES DEVOLVER LO APRENDIDO



«La pobreza en las familias afecta directamente a la educación de los niños. Nosotros ayudamos»

La Universidad de Zaragoza es pionera en el programa de voluntariado, creado para que los estudiantes aprendan el valor de compartir y tengan la oportunidad de devolver a la sociedad la suerte que ellos han tenido. Ayudan en clases de repaso, organizan actividades deportivas y se convierten en amigos y compañeros de niños que necesitan un hermano mayor que los guíe

Texto: **David Navarro**
Fotos: **Aránzazu Navarro**



Jueves de repaso. Alicia Landa tiene 20 años y estudia 2º de ADE. Todos los jueves acude de 17.00 a 18.00 a la asociación El Cañar, donde niños de familias desfavorecidas con dificultades escolares pueden recibir clases de repaso. Y Alicia ayuda con sus conocimientos y experiencia.

Cuando Alicia Landa quiere motivar a los chavales que acuden a las salas de estudio de la asociación El Cañar, en Zaragoza, les cuenta sus desventuras en 2º de la ESO. «Ese año fui muy vaga. No quería estudiar, no atendía en clase... y acabé repitiendo curso. Mis amigos pasaron, continuaron con sus vidas, y yo me quedé atrás. Me perdí muchísimas cosas con ellos, y supe que había sido culpa mía. A partir de ese año, me puse a estudiar». Y funciona. Incluso los que miraban al vacío y se negaban a hacer los deberes prestan ahora atención. «Cuando les confieso esa parte de mi vida académica, siempre les impresiona. Son niños a veces perezosos, otras desmotivados, los hay que no tienen disciplina académica... solo necesitan un poco de ayuda».

Alicia tiene 20 años, estudia 2º de ADE en la Universidad de Zaragoza (UZ) y es uno de los muchos voluntarios de la organización Universitarios con la Infancia, proyecto solidario que permite a los estudiantes ayudar a niños y familias desfavorecidas o en riesgo de exclusión. «Para un estudiante no solo es importante la formación técnica. De manera transversal, además de conocimientos científicos o técnicos, ha de tener una

formación en valores. Y una posibilidad de devolver a la sociedad la suerte que han tenido de poder estudiar, de tener tranquilidad suficiente en casa, o una familia que les apoya, o dinero para pagar una academia. En esta asociación, los estudiantes pueden comprometerse y apoyar a la infancia, que siempre es la más perjudicada en cualquier crisis o conflicto», resume Javier Campos, catedrático de Lenguajes y Sistemas Informáticos de la Escuela de Ingeniería y Arquitectura de la UZ y uno de los responsables de Universitarios con la Infancia, asociación pionera en lanzar un programa de voluntariado específico para estudiantes universitarios de cualquier titulación. «La pobreza en las familias afecta directamente a la educación de los niños. Puede ser que necesiten clases particulares y no puedan pagarlas, o bien que necesiten más atención y sus padres estén trabajando, o no hablen bien el idioma y no les puedan ayudar... Los voluntarios se convierten en sus 'hermanos mayores', en alguien cercano que se queda con ellos después de clase para jugar un partido de fútbol, repasar los deberes o resolver dudas. Son niños de entre 10 y 16 años y nuestros voluntarios tienen unos 20 o 22 años. Hay una gran cercanía en la edad, la misma que hay entre hermanos».

En la UZ hay más de 70 voluntarios, que colaboran en salas de estudio, huecos escolares, periódicos estudiantiles,



Juegos y multideporte. En el colegio zaragozano Emilio Moreno Calvete cuentan con el apoyo de voluntarios universitarios como Alberto Orensanz -izquierda- y Víctor Sango. Forma parte de un proyecto de ampliación de jornada mediante actividades extraescolares, con el fin de que aquellos niños que lo deseen puedan permanecer una hora más en el patio. No solo hacen ejercicio físico, también aprenden compañerismo, deportividad y disciplina.

talleres, actividades artísticas, patios deportivos o bibliotecas. No sustituyen a ningún trabajador, simplemente están donde el sistema no puede llegar: cuando terminan las clases y el niño tiene que marcharse a casa. Gracias a los voluntarios, la biblioteca puede permanecer abierta dos horas más o el niño puede jugar un partido en el patio de recreo. «Se trata de chavales que a veces no tienen ni a dónde ir, porque en sus casas no hay nadie en toda la tarde. Aquí no solo están vigilados, también aprenden normas de deportividad y de resolución de conflictos», destaca Ánchel Vidal, director del colegio Emilio Moreno Calvete, en Zaragoza.

El voluntariado permite a este colegio impartir clases de español para extranjeros, dirigidas a padres que todavía no manejan bien la lengua, actividades de cuentacuentos y de multideporte. De estas últimas se encargan estudiantes integrados en Universitarios por la Infancia, como Alberto Orensanz y Víctor Sango. Alberto tiene 20 años, cursa 3º de Magisterio de Primaria y desde hace dos cursos acude los martes, de 17:00 a 18:00 para entrenar a chavales. «Siempre he querido trabajar con niños y por eso empecé la carrera. Además, soy portero en un equipo de fútbol y sé lo importante que es el deporte para un niño, aprender deportividad: entre todos decidimos a qué vamos a jugar esa tarde, y en el partido no están permitidas ni las palabrotas ni

las riñas. Si alguien se pelea o no respeta, sale del juego y da una vuelta al campo». Y para Víctor Sango, de 28 años, que acaba de terminar el grado de Educación Primaria, con especialidad en Educación Física, «también es importante la disciplina. Algunos de los niños no están acostumbrados a seguir unas normas, pero aquí saben que tienen que seguir una dinámica».

DE DOBLE DIRECCIÓN. En la sala de estudio de la asociación El Cañar, en Zaragoza, trabajan 14 voluntarios: cinco jubilados y ocho universitarios. Es un espacio donde hacer deberes, consultar dudas, aprender a organizarse y estimular el aprendizaje. «Son niños que vienen cansados, que han estado todo el día en el colegio y que se enfrentan a otras dos horas más de estudio. Para hacerte con ellos es importante que te vean cercano, que les comprendas y sepan que estamos a su favor, que no les vamos a castigar. Solo queremos que aprendan», destaca Adriano Villar, de 24 años, que acaba de terminar Económicas y prepara su tesis, precisamente, sobre la economía en la Educación y cómo los medios públicos pueden combatir la brecha educativa. «Notas con ellos una relación de hermano mayor. Necesitan a alguien cercano a quien contar sus pequeños problemas. No se sinceran para contarte muchas cosas, pero sí vas atisbando esto

y aquello. Y, sobre todo, quieren compartir los éxitos, porque cuando han estudiado y se han esforzado y logran el aprobado, lo que más quieren es venir a verte y decirte "¡he aprobado, he aprobado!". Y tú te alegras casi tanto como ellos». Adriano agradece a la Universidad la oportunidad de formar parte de una experiencia tan gratificante: «Siempre me ha gustado trabajar con chicos, ya había sido monitor de campamentos, pero estas son vivencias muy diferentes. Me enteré de la iniciativa el pasado febrero, tras asistir a un seminario para campos de investigación en la infancia y me pareció una idea bonita e interesante. Y es mucho lo que aprendes de ellos».

Es una opinión que comparten otros voluntarios como Alberto Orensanz. «Cuando juegas con ellos un partido de fútbol o baloncesto, no solo les acompañas o explicas las reglas. Los niños te dan lecciones a ti cada día, principalmente porque te reencuentras con la inocencia. Ves una disputa, medias un poco y hacen rapidísimamente las paces. Es lo que más me sorprendió al principio, lo rápido que hacen contacto y se perdonan. Por otro lado, te contagias de su ilusión. Solo necesitan unos chándales similares para creerse un equipo oficial. Incluso tenemos nombre este año: somos Los Vengadores».

En esa doble dirección de sentimientos, de dar y recibir a partes iguales, Alicia Landa destaca la historia vivida con

un niño el año pasado, a quien ayudaba a hacer los deberes, y en quien veía un gran potencial. «Algo sucedía, necesitaba más apoyo y decidí por mi cuenta acudir a hablar con sus padres. Entendieron que debían apoyar más a su hijo, y logré que se esforzara muchísimo. Al final, aprobó todo a final de curso y recuerdo ese momento, esa alegría, que sentí como si fuera mía. El apoyo de los padres es fundamental para que los niños vayan bien en la escuela».

Con Alicia y Adriano trabaja también como voluntaria en la asociación El Cañar Beatriz Ferrer, de 19 años y estudiante de segundo curso de Trabajo Social en la Universidad de Zaragoza. «Este es mi primer año como voluntaria -señala, en una pausa entre asignatura y asignatura de la hora de repaso-. Me apunté por que es un ámbito que me llama la atención, quiero dirigir mi carrera laboral a temas de inmigración, de salud o de atención a menores. Y la experiencia no puede ser más positiva: estás en contacto directo con niños que necesitan y agradecen tu ayuda. A veces no se dejan enseñar, tienes que encontrar nuevos caminos para llegar a ellos, porque están cansados. De estar en clase, de estar siempre repasando..., y solo queda insistir. Trabajar con ellos y dedicarles atención. He notado que muchos requieren sobre

(Continúa en la página siguiente)



Adriano Villar, en una clase de repaso de Inglés en la sala de estudio de la Asociación El Cañar, en Zaragoza.



La estudiante de Trabajo Social Beatriz Ferrer ayuda a una niña a resolver dudas con sus deberes en la sala de estudio de El Cañar.

(Viene de la página anterior)

todo eso, atención. Se saben ya el tema y aún así te preguntan de nuevo, necesitan alguien que esté pendiente de ellos».

Desde su puesta en marcha en 2012, el proyecto Universitarios con la Infancia ha sido un éxito. La asociación fue pionera en lanzar un programa específico para estudiantes, ha logrado implicar a unos 250 jóvenes de todas las titulaciones en estas cinco ediciones del programa y llegar a un millar de niños. «La idea surgió tras cerrar en Aragón la oficina de Save the Children. Tras cancelarse los proyectos, nos propusieron iniciar otros programas de voluntariado dirigidos a menores y se nos ocurrió llevarlo a cabo a través de la Universidad –recuerda Campos–. No estaba yo solo, éramos un equipo convencido de que la idea era

buena, y esa ilusión nos ayudó a llevarla a cabo, porque no fue fácil. En la Universidad de Zaragoza no había ninguna otra experiencia de voluntarios reglados y fuimos pioneros, lo que es bueno por una parte porque tu forma de ver las cosas logra influir cómo se regula y se pone en marcha. Pero también momentos difíciles, ya que nos enfrentamos a todo tipo de dificultades». La primera, la necesidad de convencer a grupos sociales y políticos de que Universitarios con la Infancia no nacía con el fin de llenar los huecos que los recortes dejaban en los colegios, «porque nuestros voluntarios no ocupan puestos de trabajo, sino que se esfuerzan donde antes no había un apoyo social, como son extraescolares de repaso, deportivas o artísticas. Nuestro primer proyecto fue colaborar con un colegio del barrio Oliver para que la bi-

blioteca pudiera estar más horas abierta». Y, poco a poco, convencieron a partidos y sindicatos de que el esfuerzo iba en otra dirección. «Y logramos salir adelante con nuestro trabajo».

Tras cinco años, Campos y su equipo tienen la satisfacción de contar con una mención especial a las buenas prácticas ciudadanas concedida por Ebrópolis en sus premios del pasado año. «Es un galardón que, sobre todo, da fuerza a la importancia del voluntariado. Porque necesitamos más recursos y el objetivo será convencer a las instituciones, entre ellas la Universidad, de que el voluntariado es tan importante para la formación de un estudiante como las prácticas en empresas». De los ocho socios iniciales, se ha pasado ya a 35, entre profesores, administrativos y trabajadores de servicios de la UZ, y el número de estudiantes volun-

«Hemos sido pioneros y los inicios fueron difíciles. Pero sabemos que el voluntariado tendría éxito»

«Nos falta ayuda, necesitamos más socios, más medios... Para llegar a Huesca y Teruel, a más familias»

tarios supera los 50 cada año. Pero no son suficientes: para responder a toda las demandas de colegios de la ciudad de Zaragoza harían falta unos cien voluntarios «y este año hemos logrado cubrir el cupo a principios de año gracias a la enorme respuesta que hubo tras poner varios anuncios en la Universidad», destaca Campos. Y no solo se necesitan voluntarios, también responsables que pongan el proyecto en marcha en Huesca y Teruel, para dar oportunidad a los estudiantes de ambos campus. Además, también necesitan un patrocinador para financiar su trabajo. La asociación recibe una pequeña ayuda del vicerrectorado, pero tienen que enfrentarse a gastos de material escolar y de seguros para los voluntarios. Hasta ahora se han financiado con eventos y las cuotas de los socios, pero precisan de una ayuda extra para sostenerse. Por ello, invitan a todos los interesados (voluntarios, responsables o patrocinadores) a entrar en su página unifancia.unizar.es, para que el proyecto crezca y llegue a todo Aragón.

DE JUSTICIA. El colegio Emilio Moreno Calvete tiene un 98% de alumnado inmigrante, pero su equipo directivo considera que «el componente económico o social de un niño no puede ser un obstáculo para tener todas las oportunidades. Cada día tenemos una actividad, ya sea multideporte, cuentacuentos... y más importante aún es nuestra escuela de español para padres. Hacemos lo que podemos, y los voluntarios son muy importantes», destacan el director, Ánchel Vidal y el jefe de estudios, Juan Mina. El proyecto de voluntariado solidario en el ámbito educativo de Universitarios con la Infancia se centra, precisamente, en esos colegios, institutos y salas de estudio en zonas de Zaragoza con altos índices de familias en riesgo de exclusión social (Barrio Oliver, Valdefierro, La Almozara o Delicias). «Sabes perfectamente que son niños que necesitan algo más que un partido de fútbol o baloncesto», destaca el voluntario Víctor Sango. A su alrededor, en el patio de recreo del Emilio Moreno Calvete se arremolinan dos decenas de chavales dispuestos a darlo todo en el balón prisionero. Y Víctor sabe cómo poner orden. No tiene que dar gritos, «solo hay que tener un poco de paciencia», sonríe. Y cuando llegan las seis y se acaba la clase, cada uno recoge su bolsa y se va a casa. Se vacía el patio, la asociación El Cañar... «Pero, ya sea cansados o no, saben que estamos de su parte. Que si las cosas se ponen difíciles, tienen un hermano mayor para ayudarles», concluye Alicia.